



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Releyendo a Hostos: algunas facetas de su ideario

Autor: Lipp, Solomon

Forma sugerida de citar: Lipp, S. (1989). Releyendo a Hostos: algunas facetas de su ideario. *Cuadernos Americanos*, 4(16), 93-100.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año III, num. 16, (julio-agosto de 1989)

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

RELEYENDO A HOSTOS: ALGUNAS FACETAS DE SU IDEARIO

Por *Solomon LIPP*
UNIVERSIDAD MCGILL, MONTREAL

EN NUESTRA época —época de guerras y holocaustos, de secuestros y toma de rehenes, de cinismo y fanatismo— el nombre de Eugenio María de Hostos, una de las personalidades más generosas que haya tenido este continente, sirve para hacernos recordar que a pesar de las tinieblas que nos rodean aparece de vez en cuando esa llama de espíritu que nos alumbró e inspira.

Hostos luchaba incesantemente con su ambiente. No había descanso para él desde el momento en que tomó conciencia de las injusticias cometidas con su patria, y de los males que corrían por el mundo. Era el hombre comprometido por excelencia.

Muy impresionante es su biografía. Revela una rara combinación: hombre de cultura universal, pero no encerrado en una torre de marfil. Su actividad fuera del gabinete era asombrosa: al mismo tiempo que proclamaba ideas filosóficas, fue el promotor del ferrocarril trasandino. En el Perú luchaba en pro de los chinos explotados; en Chile fundaba liceos; en Venezuela explicaba técnicas pedagógicas renovadoras. Trabajaba por la emancipación de Cuba y por la de su querida isla, Puerto Rico, donde vio la primera luz del día. Se va a España para seguir con la lucha pues piensa que la instauración de la primera República Española podrá ayudarlo a conseguir la independencia de su patria. Pero sus amigos Salmerón, Castelar, Pi y Margall, declaran ser primero españoles que republicanos. Igualmente inútil resulta su viaje a Washington para entrevistarse con el presidente McKinley.

Dejando aparte estas actividades valiosas en tierras extranjeras, me gustaría detenerme principalmente en algunos aspectos de su pensamiento, escogidos al azar.

Sus ideas son la encarnación del hombre moral y razonable. Hostos destaca el valor de la dignidad humana. La moralidad social e individual se funda en la realidad natural, porque, según el puertorriqueño, en la naturaleza se encuentra un orden, un sistema, un ritmo, que el hombre es capaz de captar, comprender e imitar.

Hostos exalta el cumplimiento del deber. El deber moral es pri-

mordialmente deber condicionado, más que nada, por el desinterés. El utilitarismo egocéntrico no debería servir nunca como guía para la conducta humana. La única utilidad genuina es la que beneficia los intereses individuales y públicos, pero tiene que ser una utilidad subordinada a imperativos morales. De ello se derivaría que cuanto más culto es el individuo tanto más obligado está a servir a su prójimo.

Hostos extiende estos conceptos a varias actividades humanas. Por ejemplo, en el terreno político ataca toda forma de corrupción. La política sin moralidad es una indignidad. Para citar otro ejemplo, el periodista que vende sus ideas para colaborar con intereses deshonestos, es antisocial e inmoral. El periodista representa al pueblo, por otro lado escribe no sólo para sus contemporáneos, sino también para la posteridad. Una prensa libre es el guardián de la libertad y un déspota sin prensa que lo contenga es un azote; escribe Hostos: "El periódico es la voz del ciudadano. . . la indignación del pueblo maltratado".¹

También es para nosotros de sumo interés el hecho de que Hostos viera con una clarividencia asombrosa los efectos malsanos que puede producir el progreso industrial y tecnológico en la personalidad humana y en las relaciones sociales. Pronosticó las numerosas inadaptaciones que esperaban a grandes sectores de la población mundial. Denunciaba el contraste entre el desarrollo material y el lamentable nivel moral que se observa hoy en día. ¿Cómo utilizamos nuestro tiempo?, pregunta. ¿Qué clase de actividad cultural hacemos?

Uno de los puntos básicos sobre los que nos ilustra Hostos es que la sociedad es un aspecto de la naturaleza y que el hombre, claro, es parte integral de la sociedad. Por consiguiente, existe una relación íntima entre el hombre y la sociedad, así como entre el hombre y la naturaleza. Los tres en conjunto, es decir, hombre, sociedad y naturaleza, funcionan de acuerdo a un gran designio cósmico que nos revela el principio majestuoso de la armonía —armonía descubierta por la razón, y que constituye la base de la ética. Hay una Razón Ordenadora que equilibra las fuerzas más contrarias. De más está decir que este racionalismo armónico es la piedra angular del krausismo español, que ejerció no poca influencia en el ideario de Hostos. La vida perfecta está basada, según él, en la razón, la que sabe dominar las pasiones y los apetitos del cuerpo. Su fe en la razón lo convence de que ésta podrá reducir o disolver todo tipo de elementos negativos; de ahí su fe ilimitada en el poder de la educación. Para él, sólo mediante el desarrollo de la capacidad de pensar, razonar y

¹ Eugenio María de Hostos, *España y América*, en *Obras completas*, París, Ediciones Literarias y Artísticas, 1954, vol. XXI, p. 364.

conocer es que podrá redimirse América. Todo, pues, queda subordinado a la razón. Por ejemplo, la voluntad es la facultad humana más próxima a las facultades animales, porque es el instrumento del instinto. Es esencialmente perversa. Por eso es esencial que el hombre ejerza su libertad, porque aunque el instrumento sea malo, la razón le obligará a hacer el bien, pero se necesita poder actuar libremente para realizarlo.

Hostos parece ser esencialmente un racionalista optimista. El universo para él es bueno porque está gobernado por la ley del "progreso incontenible", y el progreso intelectual depende de la eliminación o disminución de los obstáculos que impiden el descubrimiento de esa uniformidad que caracteriza todas las zonas del saber. En fin, si se conoce el bien, habrá que llevarlo a la práctica; el mal es un error que sólo cometen los ignorantes.

Sin embargo, se me ocurre que pueden surgir algunas preguntas. En primer lugar, ¿es necesariamente válida esta hipótesis que sostiene que todo el cosmos es esencialmente una sinfonía armónica? Las uniformidades o la armonía de la cual habla Hostos, ¿son parte inherente de la naturaleza? Puede que esta misma naturaleza sea mucho más variada y variable, y no siempre tan bella como opina nuestro pensador. Puede que estas uniformidades no sean más que productos de la razón humana, que siempre se esfuerza desesperadamente por formular sistemas y armonías para evitar los trastornos de un orden caótico.

A esto puede contestar el partidario de la postura hostosiana, que de todas maneras esta razón humana es un mero reflejo de la Razón Cósmica, la que gobierna todo. Como consecuencia, la tesis de Hostos —si se acepta esta hipótesis— no se ha invalidado.

En segundo lugar, uno se pregunta si hay una contradicción entre Hostos filósofo moral y Hostos sociólogo. En su *Tratado de moral*, escrito en 1884, predica la religión del deber. Allí dice que hay que convertir los deberes en costumbres. Su ética racionalista nos enseña que al conocer el bien, lo practicaremos. En cambio, en el *Tratado de sociología*, publicado después de su muerte, Hostos afirma que las sociedades son organismos que obedecen ciertas leyes orgánicas para poder seguir con sus múltiples actividades. Estas leyes se reflejan a través de los varios fenómenos de la vida social. Así, la ley de sociabilidad nos dice que el hombre nunca puede desarrollarse en un estado de aislamiento; tiene que asociarse con otros seres humanos. El mismo principio se aplica al grupo, sea la familia, la tribu, la nación o la federación de naciones.² La ley de conservación dicta que la

² Eugenio María de Hostos, *Tratado de Sociología*, en *Obras completas*, México, 1969, vol. XVII, pp. 39 y ss.

vida cotidiana continua de la sociedad depende del funcionamiento de sus órganos. La ley de medios implica que las fuerzas y las instituciones sociales sufren modificaciones debidas a los medios por ellas empleados.

Ahora bien: me atrevo a preguntar si el hombre, desde la óptica sociológica, es únicamente un juguete a merced de leyes inexorables. Si lo es, ¿puede ejercer —hablando ahora moralmente— su voluntad para educarse de manera racional y mejorar su condición?

Forzoso es concluir, para salir de este dilema, que esta contradicción no es más que aparente. La presuposición básica de Hostos —y ésta es la síntesis de su pensamiento moral y sociológico— es que el hombre se dirige hacia el bien, igual que la sociedad, porque, siendo ésta una parte del Universo, avanza, quiéranlo o no, también inexorablemente hacia el orden.

Si este proceso, dictado por las leyes sociológicas de Hostos, se llama determinismo, entonces el hombre, gracias a su inteligencia superior, puede cumplir su destino con más eficacia si comprende y obedece a este mismo determinismo.

Como ya hemos dicho, existe, para nuestro pensador, una afinidad armónica entre los fenómenos sociales cósmicos: las mismas leyes que rigen en la naturaleza, afectan a la sociedad. ¿Cuál es, pues, la orientación filosófica de Hostos? Sin exagerar o incurrir en un sofisma, puede decirse que no le viene mal otra designación que la de "determinista optimista".

Claro que existe una contrarréplica, basada en otra postura filosófica. A todo lo anterior se puede responder con lo siguiente: al orden cósmico no le importa en absoluto la ley moral. El orden cósmico es incapaz de engendrar esta ley en la conciencia del hombre o en la vida de los pueblos. Esto es, lamentablemente, la otra cara de la moneda.

Sabemos que Hostos se adentró en la sociología positivista y evolucionista del siglo pasado. Leía a Comte y a Spencer, se interesaba por las ciencias. Pero su inteligencia lo llevó a una superación del positivismo. El positivismo quería educar para la sociedad, pero pasó por alto las potencias internas del hombre. Hostos nunca olvidó estas zonas espirituales: quería crear un hombre nuevo para realizar la transformación interior del continente. En esto consistía para él la "liberación mental" de América.

Pero, claro, no se trataba exclusivamente del hombre. Estoy seguro de que al movimiento feminista contemporáneo mucho le van a agradar estas palabras de Hostos: "Enséñenme un pueblo en donde sea libre la mujer y lo declararé moral". Estoy igualmente convencido de que algunos de los comentarios hostosianos traerán una

sonrisita a los labios de, por lo menos, una mitad del público reunido aquí, cuando dice, por ejemplo, que en el hombre, el sentimiento es una facultad inestable, transitoria e inconstante, pero en la mujer es estable, permanente y constante. Además, en la mujer, el sentimiento es más activo, más eficaz, más persuasivo. Por eso insiste Hostos en la educación científica de la mujer.³ Quiere madres que enseñen científicamente a sus hijos. Si se logra esto, resultará una patria que obedezca a la razón, basada en la ciencia, el trabajo y la moralidad. Educada la mujer exclusivamente por el corazón, es una planta que vegeta, no es una entidad de razón. Si la mujer es cómplice de nuestras faltas lo es por ignorancia. Hay que devolverle a la mujer el derecho de vivir racionalmente. Nosotros, los hombres —concluye Hostos— los que monopolizamos la fuerza y el poder social, somos responsables de los males que van en contra de la naturaleza, cuya ley externa es la igualdad moral del hombre y de la mujer. La mujer, igual que el hombre, está dotada de facultades creadoras que pueden conquistar las supersticiones y los errores, los que son contrarios a la razón.

La fe de Hostos en la razón se manifiesta también en su ensayo "La América Latina".⁴ Aquí rechaza las críticas contra el continente formuladas por otros países. No hay una sociedad —dice— más calumniada por la ignorancia que la nuestra. Periodistas, viajeros, exploradores: estos son los agentes del injusto descrédito de América Latina. ¿Quién da a los europeos —pregunta Hostos— el derecho de juzgar la vida americana? ¡Que no hablen ellos! Después de diez y nueve siglos de ignorancia y barbarie, Europa no ha logrado poner fin a esta ignorancia, ni destruir esta barbarie. La mejor respuesta que puede dar el americano es luchar por la justicia y la libertad. La razón de ser del americano es defender la razón contra el fanatismo, y combatir el prejuicio y la ignorancia.

El énfasis en la razón aparece también en su famoso estudio sobre Hamlet, escrito mientras se hallaba en Chile. Al referirse, por ejemplo, a Claudio, lo describe como un ambicioso, que cometió un crimen porque ambicionaba el reino y la mujer del rey, su hermano. En la conciencia de este personaje predominaba la voluntad sobre la razón.⁵ La moraleja queda bien clara: todos los hombres son malos cuando se dejan dominar por la pasión o el interés.

³ Eugenio María de Hostos, *Forjando el porvenir americano*, en *Obras completas*, 1969, vol. XII, p. 45.

⁴ Eugenio María de Hostos, *Temas sudamericanos*, en *Obras completas*, 1969, vol. VII, pp. 7-15.

⁵ Eugenio María de Hostos, "Hamlet", en *Crítica, Obras completas*, vol. XI, pp. 132-133.

Dicho sea de paso, Hostos traza aquí un doble paralelo: primero, entre Hamlet y su propio estado de ánimo, y en segundo lugar, entre el héroe de Shakespeare y la condición general de América. En el primer caso, afirma que lo que hace infeliz a Hamlet es la incertidumbre y el no hacer lo que debe hacer. Concluye que él también se encuentra en una situación semejante. De la misma manera, declara que América es hamletiana; está examinando su propio ser y preguntándose a dónde debe ir y qué debe hacer.

Ya que nos hemos referido a Hamlet, podemos mencionar de paso la actitud de Hostos frente a los problemas estéticos. A su juicio, el arte tiene que subordinarse a la moral. Por eso, no se puede hablar de la libertad artística, pues la creación de la belleza pura tiene que ceder su sitio a la consecución de fines sociales. No tolera "el arte por el arte". Se encuentra en Hostos un fuerte criterio puritano: para él una obra sensual es indigna, lo que es muy razonable en un moralista. El fin del arte es concurrir con la ciencia a la formación de un sistema de pensamiento.

Pero aquí hay que hacer una pausa. El tema de las fuerzas irracionales del hombre —y sus evocaciones, funestas consecuencias— nos hace olvidar que lo irracional puede tener sus aspectos favorables. Hostos parece darse cuenta de ello cuando admite el papel positivo del sentimiento, de la fantasía, de los sueños míticos. Y como si quisiera corregir el énfasis exagerado en la razón, se convierte en una especie de mediador entre un racionalismo rígido y excesivo, y las emociones y sensaciones humanas, también esenciales. Intenta superar este dualismo al hablar de su ideal, "el hombre completo", y fundir todas estas facetas —todas necesarias para el espíritu— en un equilibrio armónico y superior de fuerzas.*

Hostos luchaba por la creación de una Federación Libre Antillana que comprendiera Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y Haití. El Caribe sería así el *mare nostrum* de las doce repúblicas latinoamericanas que lo cercan. A este ensueño dedicó su vida entera de meditación, estudio y agitación dolorosa. Aprendió en el transcurso de sus decepciones que en la sociedad actual los intereses de los fuertes quedan por arriba, y que el Derecho Internacional está hecho según las conveniencias de los poderosos. También sabía que las masas, siempre despreciadas, son más dignas de aprecio que los que con ellas amasan su fortuna y su poder.

Ya se ha indicado en otras ocasiones que existen grandes semejanzas entre Hostos y el gran filósofo alemán, Emmanuel Kant, en

* Véase Víctor Massuh, "Hostos y el positivismo hispanoamericano," en *Cuadernos Americanos* 9 (1950), pp. 178-187.

el sentido de que ambos aspiraban a que se lograra la paz mundial por medio del establecimiento de una confederación de pueblos libres. El "imperativo categórico" del filósofo de Königsberg constituye la base principal de la política de la paz. No podemos ser tratados como cosas, había escrito Hostos, expresando así, en forma sucinta, el imperativo kantiano. Nuestros ciudadanos no pueden ser impelidos contra su voluntad a ser lo que no quieren ser. Para Hostos, como para Kant, la autonomía de la persona implica la garantía de la paz perpetua —lo que quiere decir que la persona es fin y no medio.

Era el anhelo de Hostos que la unión soñada de sus queridas Antillas y el proyecto de poner fin a los Estados Desunidos de la América Latina, terminaran, tarde o temprano, en la fundación de la Federación de las Naciones. Esta tendría como base sólida el sustento de repúblicas auténticamente democráticas. Creía Hostos que los países llamados a dar el ejemplo del Estado internacional eran los del Nuevo Continente. Hay que subrayar aquí que no se trata de cualquier tipo de Estado. Para Hostos, la sociedad no es una mera suma aritmética de individuos, sino un ser viviente, que no tiene una personalidad aparte de estos individuos. No se trata de un sistema totalitario, tal como lo encontramos, por ejemplo, en Hegel, donde el individuo existe únicamente para el Estado, donde el Estado absorbe por completo al individuo. Al contrario, el organicismo pluralista de Hostos afirma que no sólo existe el individuo para el Estado, sino que el caso inverso también debe tener vigencia. Allí donde el individuo no vale, el Estado vale menos aún.⁷

La clarividencia de Hostos aparece en otra ocasión, poco antes de su muerte. Con una visión profética nos dice lo que va a pasar en el siglo XX con respecto a los pueblos colonizados. Los negros exigirán sus derechos por medio de las armas; los nativos de la India demandarán que se les devuelva su autonomía. La lucha por la libertad será más complicada que nunca: los anglosajones han entendido bien esta lucha para sí, pero no para otros. De sumo interés es el comentario de Hostos acerca de los eslavos, que tomarán parte en la lucha por la libertad. Estos serán "los nuevos árbitros de la civilización".⁸ En esta profecía se nota la confianza que tiene Hostos en las leyes "científicas", tan características de

⁷ Véase José A. Fránquez, "La visión de Kant y el ensueño de Hostos", en *Hostos, peregrino del ideal*, París, 1954, p. 81.

⁸ Eugenio María de Hostos, *Hombres e ideas*, en *Obras completas*, 1969, vol. XIV, pp. 423-424.

la época, y que fueron utilizadas en la historia y en la sociología de aquel entonces.

Hostos nos dejó a principios de nuestro siglo. Falleció, me imagino, con no poca desilusión y frustración —¡todavía había tanto que hacer! Pero también murió rodeado de gloria y esperanza, y venerado por millones. Qué bien lo expresó Pedro Henríquez Ureña: "murió de asfixia moral". También nosotros, esta semana, por falta de tiempo, nos sentimos frustrados, por no poder adentrarnos más en su obra multifacética. Que basten, por eso, estos pocos comentarios inadecuados para honrarlo. En estos días, cuando reinan las fuerzas de un irracionalismo desenfrenado, le rendimos el homenaje que merece. Lo recordamos por el ejemplo que ofrece su noble y abnegada vida, y por habernos demostrado que esa llamita espiritual no se ha apagado por completo.